

¿PODEMOS ACEPTAR

por miguel ángel granados chapa



DEFINITIVAMENTE, SI

E S innecesario, ya, subrayar que Latinoamérica es un subcontinente lleno de miserias. La Segunda Conferencia del Episcopado Latinoamericano, reunida en Medellín en 1968 expresó, a ese propósito: "América Latina parece vivir aún bajo el signo trágico del subdesarrollo, que no sólo aparta a nuestros hermanos del goce de los bienes materiales, sino de su misma realización humana. Pese a los esfuerzos que se efectúan, se conjugan el hambre y la miseria, las enfermedades de tipo masivo y la mortalidad infantil, el analfabetismo y la marginalidad, profundas desigualdades en los ingresos y tensiones entre las clases sociales, brotes de violencia y escasa participación del pueblo en la gestión del bien común".

(Ciertamente, la prudencia de los señores obispos latinoamericanos los obliga a ser cautos. Pero es excesivo juzgar sólo apariencias el subdesarrollo latinoamericano: para sólo citar dos ejemplos que lo hacen patente, recordemos que según un estudio reciente de la *International Labour Review*, el 65 por ciento de la propiedad raíz latinoamericana está en posesión de menos del 5 por ciento de los habitantes; y que un informe oficial del Instituto Nacional de la Nutrición, de México, establece que en este país mueren cien mil niños, cada año, por causas imputables a la desnutrición, lo que es una manera eufemística de decir que se mueren de hambre).

Por otra parte, excepto unos pocos partidarios del inmovilismo, todo el mundo está de acuerdo en la necesidad de "cambios", "reformas", "transformaciones" o la "revolución". Esto es, se conviene generalmente en que la actual situación no debe, no puede ser mantenida, y que hay que derivar hacia "otro" orden social, que sea justo (ni siquiera cabe decir "más justo", porque el actual, en definitiva, no lo es) en el que, como quiere el Concilio, se respete y promueva "la dignidad de la persona humana, la vocación íntegra del hombre y el bien de la sociedad entera" (Constitución sobre la Iglesia en el mundo moderno (*Gaudium et Spes*), No. 63).

¿Qué tipo de sociedad debe ser ésta que se desea? En otras palabras, ¿cómo ha de estar organizada la sociedad para que aquellos propósitos puedan realizarse? Si hacemos una simplificación, el problema del orden social puede reducirse a la cuestión de la propiedad, con lo que el asunto se delimita a saber quién debe ejercer ésta y a quién deben aprovechar sus frutos.

En la sociedad capitalista o neocapitalista —en ésta se busca paliar los nocivos efectos de la propiedad privada exacerbada— los propietarios reciben el beneficio del trabajo de los demás, de lo cual se derivan algunas injusticias de que somos testigos. La oscilación entre la libre competencia y el monopolio, por otra parte, causa

(Sigue en la Pág. 10)



NORMAN ERNEST BORLAUG... el 80 por ciento de la población mundial vive de la agricultura....

UN MODERNO NOBEL DE LA PAZ

Por Raymundo Soria

CUANDO debutó en México pasó un tremendo día en el campo lodoso y remató yendo a la cantina del pueblo más cercano a cantar con el pianista. Venía de Iowa, y tenía 30 años. A los 56 todavía se mantiene espigado y vigoroso. Se conserva bien curtido por el sol, el aire y la tierra.

Un verdadero James Stewart, sobre todo por su actividad en México. Durante 26 años ha encabezado un equipo de 17 naciones, mejorando el trigo para resolver el problema del hambre mundial.

Descendiente de noruegos, su carrera comenzó cuando su padre compró un rancho en Cresco, Iowa. Después de graduarse como ingeniero agrónomo, maestro en ciencias y doctor en filosofía y de haber realizado trabajos en cinco empresas, llegó a México. Logró que fueran lanzadas las primeras variedades de trigo de alto rendimiento, hasta que ya no fue preciso importar las 300 mil toneladas acostumbradas. Uno de sus éxitos fue obtener los rendimientos trigos enanos.

Su mérito no sólo es científico y pedagógico sino que persuasivamente ha ido convenciendo a grupos de campesinos de que el trigo que produce no está embrujado. Su obra alcanza proyecciones mundiales en países como la India, Paquistán, Turquía, Túnez y Marruecos.

CAUDILLO DE LA REVOLUCION VERDE

RECIENTEMENTE, cuando se encontraba en los campos de San Mateo Atenco, en el estado de México, su esposa Margaret llegó corriendo a avisarle que se había ganado el Premio Nobel de la Paz 1970. Con lo cual alcanza la gloria de sus dos compatriotas, el general George C. Marshall, que mereció el mismo galardón en 1953, por su famoso plan de recuperación europea, y Martin Luther King, a quien se le otorgó en 1964 como campeón de los derechos civiles.

El pueblo y las autoridades de Ciudad Obregón también lo habían premiado, aunque más modestamente, hace dos años, cuando a una calle le pusieron el nombre de "Doctor Norman Ernest Borlaug". Y fue por el mismo motivo, reconociéndolo caudillo de la revolución verde. Por lo demás, con ese título, entre premios y distinciones, se ha ganado veinte.

La señora Aese Liones, parlamentaria noruega y jefe del comité que entrega el Premio Nobel de la Paz, al transmitir la noticia dijo que entregaba el galardón al "primer impulsor de la revolución verde, que ha hecho posible desterrar el hambre y la pobreza en los países en desarrollo". Y explicó: "A través del mejoramiento del trigo y del arroz ha creado una tecnología que abre brecha para lograr abolir el hambre en los países en desarrollo en el curso de pocos años".

La última vez que visitó Noruega, Borlaug había declarado: "El problema mundial de la población es un monstruo, que si no es domesticado, llegará a destruir la superficie de la tierra". El domador está a la vista.

Pero también existen problemas que no corresponden a la técnica. Entre los puntos para lograr un buen programa de asistencia, Borlaug anota en primer lugar el siguiente:

—"El país anfitrión debe tener estabilidad política. Una revolución técnica en la producción agrícola no puede realizarse cuando hay caos político y social. Una vez que la revolución política y la intranquilidad han comenzado, no hay oportunidad de que un programa de asistencia técnica y de mejoramiento de la agricultura tenga impacto favorable. El destino del país quedará entonces —por un período indeterminado— en las manos de políticos, demagogos y militares".

TRABAJA 18 HORAS DIARIAS

CUANDO Borlaug se enteró del Premio Nobel, comentó: "Más que satisfacción personal, me da gusto que el premio se haya entregado a las ciencias agrícolas que libran una batalla contra el hambre en el mundo". Y agregó: "Las ciencias agrícolas están en el escalón más bajo, a pesar de que el 80 por ciento de la población mundial vive de la agricultura".

El luchador continúa levantándose a las cinco de la mañana para marchar desde las Lomas de Chapultepec rumbo al campo. Allí trabaja un promedio de 18 horas. Vive con su esposa Margaret Gibson Borlaug. En los Estados Unidos radican sus padres, sus dos hijos y su nieto.

(VER EN LAS PAGINAS CENTRALES LO QUE DICE BORLAUG SOBRE LA TRANSFORMACION DE LA AGRICULTURA TRADICIONAL).

DEFINITIVAMENTE, SÍ

otros de los desajustes económicos y sociales propios del capitalismo.

COMO una reacción contra el capitalismo surgió el socialismo. En diversas épocas, éste, que en esencia consiste en la preponderancia de la propiedad social sobre la privada, y en el aprovechamiento también social de la riqueza, en vez de que ésta sirva a unos cuantos, ha asumido diversos tipos. Hoy mismo, bajo este nombre se engloban sistemas sociales, económicos y políticos que guardan muchas diferencias entre sí.

Si es cierto que el socialismo por excelencia de este tiempo es el marxista, también lo es que, válidamente, se pueden englobar bajo esta denominación otros sistemas que procuran la marginación de la propiedad particular en beneficio de la propiedad pública, comunitaria y cooperativa; además, como una manera de subrayar el esfuerzo por no incurrir en los excesos estatistas del socialismo leninista y más particularmente del estalinista, se ha acuñado la expresión "socialismo democrático", que significa no una imposible simbiosis entre el capitalismo y el socialismo, sino la gestión popular de los bienes de producción, que se traduce también en una acción política hecha en las organizaciones comunales. Otra de sus características es que coexisten los diversos tipos de propiedad, con notoria minoría, cualitativa y cuantitativamente, de la privada.

EN esos términos, ¿es compatible el socialismo con el cristianismo? Mi respuesta es afirmativa. Definitivamente, sí. Lo que llega a ser incompatible es la cosmovisión marxista con la cristiana. Pero ésta puede hacer uso de técnicas e instrumentos que son neutros, para darles espíritu cristiano. El socialismo, en este orden de ideas, es una técnica de ordenación social, susceptible de ser impregnada por el espíritu cristiano.

Por otro lado, si descartamos la centralización burocrática que pudiera conducir a un excesivo estatismo —pues, como se ha dicho, en el socialismo democrático se busca la descentralización administrativa y política— ¿por qué desazona a no pocos espíritus cristianos la idea de un régimen socialista? En los cristianos de buena fe, es decir, en los que no usan su credo sólo como un escudo puesto delante de la caja fuerte o la

chequera, creo que tal desazón se debe al temor, no infundado, de una mengua en las libertades humanas; a la arraigada convicción de que la propiedad privada es un derecho absoluto e inatacable; y, por último, a la evidencia de que la Iglesia —a cuyo magisterio se acogen— se ha mostrado renuente a aceptar este sistema.

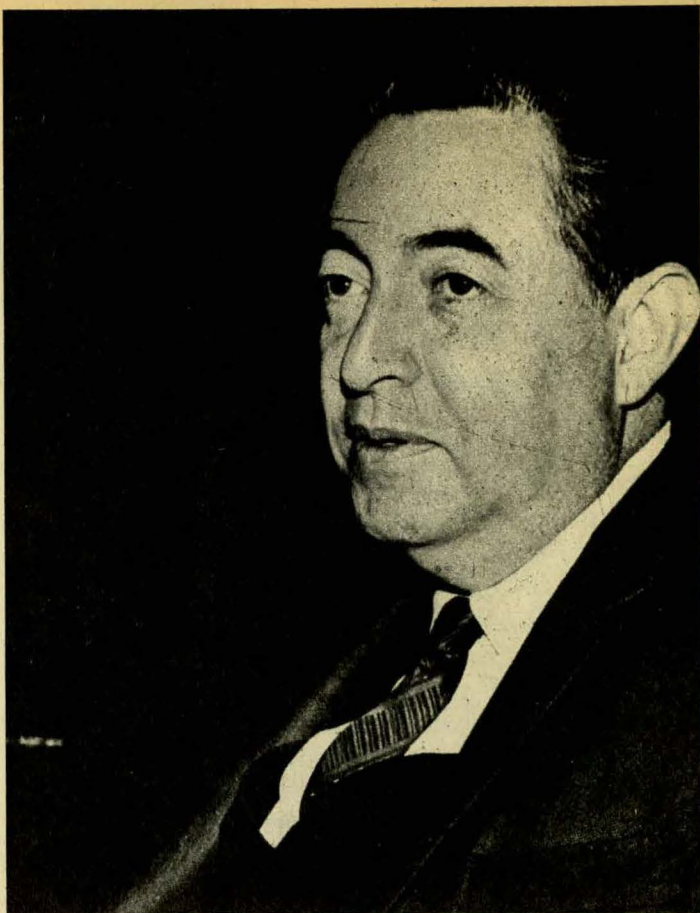
Con amargura habría que contestar a lo primero: sólo puede haber mengua en lo que existe. Y nadie negará que, para la mayor parte de los miembros de la sociedad capitalista, las libertades son una mera ilusión, es decir, no existen; lo que se observa, en cambio, es una total sujeción a la necesidad. A lo segundo, cabe oponer la afirmación del Concilio Vaticano II de que "quien se halla en situación de necesidad extrema tiene derecho a tomar de la riqueza ajena lo necesario para sí" (*Gaudium et Spes*, N° 69). Y, por último, que sectores de la Iglesia, que no son escasos en número ni pobres en calidad, han manifestado la posibilidad de que socialismo y cristianismo sean compatibles:

El patriarca Máximos IV dijo, por ejemplo, en la sesión del 28 de septiembre de 1965, en el Concilio, que los cristianos tienen el deber de demostrar que "el verdadero socialismo no es otra cosa que el cristianismo vivido en una forma integral, con un auténtico reparto de los bienes y la verdadera igualdad fundamental". Por su parte, "quince obispos del Tercer Mundo", al comentar la encíclica "*Populorum Progressio*" expresaron en 1967, acerca del socialismo: "Lejos de proyectar nuestras iras contra ese nuevo sistema, sepamos adherirnos a él con alegría de espíritu". Y, en nuestro medio, en una "escandalosa" conferencia sustentada en Puebla, el obispo Sergio Méndez Arceo proclamó su convicción de que el socialismo democrático es la única posibilidad de desarrollo en Latinoamérica.

MUY otra es la cuestión de la viabilidad de un régimen que busque contrarrestar los nocivos efectos de la propiedad privada egoísta y del imperialismo internacional del dinero (denunciado por Juan XXIII en "*Madre y Maestra*"), que pueda ser establecido y prosperar en las actuales condiciones de América Latina. Pero es evidente que sólo mediante el abatimiento de la apropiación particular de la riqueza, y el predominio de la propiedad pública y comunitaria, podrá conseguirse el desarrollo pleno del hombre.

EL SOCIALISMO?

Por Carlos Alvear Acevedo



EL VERDADERO SOCIALISMO, NO

HA habido voces que, en distintos puntos de Iberoamérica, han clamado a favor del "socialismo" como una vía que puede conducir a nuestras naciones hacia el rescate comunitario y el mejoramiento general.

No pocos se han hecho eco de esa tendencia, incluso en el campo católico, hasta el grado de plantearse la meta de una conciliación entre su fe y el socialismo, en una suerte de dualidad que toca a la doctrina y al estilo de vida. El tema es sugestivo, pues, y reclama una reflexión urgente; tanto más que, como es notorio, vivimos en un país iberoamericano que se ostenta como mayoritariamente católico, y se enfrenta, al mismo tiempo, a grandes problemas que deben ser resueltos por el bien auténtico del país, agobiado de carencias e insatisfacciones.

PARA quien profesa la fe de Cristo, es inexcusable, por supuesto, luchar a favor de la justicia social —expresión viva del amor al prójimo— como acaba de subrayarlo Paulo VI en su último mensaje dirigido a México.

La indiferencia, o el abandono, carecen de sentido.

Pero tal requerimiento no tiene por qué darse en el cauce del "socialismo", si se trata de un socialismo real, y no de un simple afán de reestructuración y de servicio cubierto con ese nombre. Y aunque es verdad que en la historia de las ideas sociopolíticas ha habido varias corrientes de socialismo —desde el "utópico" con Saint-Simon,

Fourier y otros, previo al "científico" de Carlos Marx y Federico Engels, más los posteriores a este último, como el "reformista" de Ed. Bernstein, el "planista" de H. de Man, el "cultural" de Vorlander, Cohen y Natorp, el "fabiano" de Bernard Shaw y otros, el "laborista" que ha animado al partido de este nombre en Inglaterra, o los de corte escandinavo, etc.—, hay una especie de hilo conductor, o de coincidencia básica entre casi todos ellos que descansa, con algunas excepciones, en los siguientes puntos:

a) la aceptación de la lucha de clases, con todos los matices que se quieran;

b) una visión antropomorfista del mundo, con una cierta exaltación de los valores terrenos, que lleva al desconocimiento, o por lo menos a la disminución de los valores espirituales; y

c) la desaparición de la propiedad privada de los medios de producción y de distribución, para optar por un régimen en el que el Estado tiene un máximo poder, no sólo como regulador, sino como guía sustancial de la vida socioeconómica fundamental; sin perjuicio de que los marxistas supongan que el Estado a su vez desaparecerá en un momento dado, y a la larga podrá darse paso al comunismo propiamente dicho.

A HORA bien, ¿es posible que tales líneas rectoras y tales propósitos resulten válidos y deseables para un católico atento al Magisterio de la Iglesia y a la experiencia de los últimos años?

(Sigue en la Pág. 11)